

REAL ACADEMIA  
DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS

*IN MEMORIAM*  
**D. AGUSTÍN MUÑOZ-GRANDES GALILEA**



*IN MEMORIAM*  
**D. AGUSTÍN MUÑOZ-GRANDES GALILEA**



REAL ACADEMIA  
DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS

*IN MEMORIAM*  
D. AGUSTÍN MUÑOZ-GRANDES GALILEA

REAL ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS  
JUNIO DE 2022



El artículo 42 de los Estatutos de esta Real Academia dispone que, en las obras que la misma autorice o publique, cada autor será responsable de sus asertos y opiniones. La Academia lo será únicamente de que las obras resulten merecedoras de la luz pública.

© Real Academia de Ciencias Morales y Políticas  
Plaza de la Villa, 2  
28005 Madrid

Realización e impresión: Bravo Lofish Diseño Gráfico, S.L.

ISBN: 978-84-7296-398-6

Depósito legal: M-24583-2022



D. AGUSTÍN MUÑOZ-GRANDES GALILEA



# ÍNDICE

## *In Memoriam*

### D. AGUSTÍN MUÑOZ-GRANDES GALILEA

Excmo. Sr. D. JULIO IGLESIAS DE USSEL	9
Excmo. Sr. D. JOSÉ MARÍA SERRANO SANZ	21
Excmo. Sr. D. JOSÉ LUIS GARCÍA DELGADO	31
Excmo. Sr. D. MARCELINO OREJA AGUIRRE	39
Excmo. Sr. D. PEDRO CEREZO GALÁN	49
Excmo. Sr. D. JUAN VELARDE FUERTES	65





*In Memoriam*

**D. AGUSTÍN MUÑOZ-GRANDES GALILEA**

**Excmo. Sr. D. JULIO IGLESIAS DE USSEL**



Sr. Presidente, Sras. y Srs. Académicos, Autoridades, Familiares de Muñoz Grandes, Señoras y Señores:

Es un honor para mí comparecer en el acto de homenaje a quien ha sido nuestro compañero y admirado amigo el Teniente General del Ejército español, Agustín Muñoz Grandes Galilea.

Muchas veces se ha considerado a la sociedad española dividida o repartida en segmentos aislados, con múltiples fronteras entre sus sectores. Ortega y Gasset ya diagnosticó la prevalencia del particularismo, y denunció los riesgos colectivos de los compartimentos estancos, encerrados dentro de sí mismos, en el reducido horizonte de sus particulares preocupaciones e intereses.

No se trata de una mera reflexión filosófica de Ortega; hay muchos datos que avalan el acierto de su diagnóstico. Abundan en efecto los estudios sociológicos en la misma dirección. Las encuestas muestran que en España las amistades más estrechas se fraguan y mantienen dentro de la propia actividad. Sean arquitectos, funcionarios, médicos, profesores, jueces, empresarios y tantos otros trabajos, las amistades se establecen con personas de las mismas profesiones, con

quienes se relacionan también en su vida cotidiana; los tres grandes amigos de cada uno pertenecen a su misma profesión en la inmensa mayoría de los casos. Se ha etiquetado esta tendencia a seleccionar a los amigos entre el mismo gremio u ocupación, como “endofilia”, con importantes efectos corporativos, extendida en la vida española.

En la vida social en España, no son muchas desde luego las oportunidades de saltar fronteras profesionales, y establecer relaciones de convivencia y menos de amistad con personas de otras ocupaciones. Se vive en una sociedad básicamente endogámica, alimento de cualquier tipo de particularismos difíciles de desarraigar.

Las Reales Academias ofrecen en este sentido una de sus valiosas singularidades. Son instituciones que eluden, precisamente, estas rígidas compartimentalizaciones que estructuran la sociedad española. La heterogeneidad de procedencias, actividades y carreras vitales de los integrantes de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, es desde luego un signo distintivo y, a la vez, alimento de su riqueza, atractivo y vitalidad.

Y esa virtuosa peculiaridad se materializa hasta su más excelso culmen cuando forma parte de ella una persona con la enorme categoría humana y profesional de Agustín Muñoz Grandes.

Ingresó en nuestra Academia con muy brillante biografía. Concluyó su formación en la

Academia General Militar de Zaragoza con el número uno de su promoción. El mismo número lo obtuvo de nuevo en el Curso de Estado Mayor del Ejército. Y la misma excelencia acreditó en los numerosos cursos y especialización que ha realizado en Carros de Combate, Paracaidistas, o Helicópteros, y en sus estancias de formación en el Estado Mayor de Estados Unidos y en el Reino Unido. Por su arraigada vocación militar solicitó siempre destinos complicados; baste mencionar que estuvo en la Campaña de Ifni en 1957/58; en la posterior del Sahara 1971/75, y partícipe de los preparativos del ingreso de España en la OTAN. Fue también, entre otras muchas responsabilidades, presidente de la Comisión Militar Española en Viena para preparar el Tratado de Reducción de Armas Convencionales, firmado en París en 1992, e integrante de la Misión de la ONU en Bosnia Herzegovina en 1992/93.

Naturalmente todas estas tareas y destinos, con lo que conllevan de decenas de cambios de residencia en provincias y países, pudo afrontarlos con una compañera ejemplar, su mujer Jueni López de Lamadrid Satrústegui, formando una modélica familia con tres hijos —María, Agustín y Javier— y varios nietos. Su presencia siempre activa y el calor del cariño, ha sido su firme cimiento de la plenitud de su existencia, apoyo permanente de la arquitectura de su vida y todos

pero en especial Jueni ejemplar cuidadora sin descanso en los últimos meses de Agustín.

La excelencia de su currículo formativo y de gestión ha estado siempre acompañado por la excelencia de su ejecutoria en todos los puestos que ha desempeñado, imposibles de recordar ahora. Porque lo que es de justicia destacar no es solo la brillantez de su ejecutoria, sino el legado de admiración, respeto, gratitud y afecto de quienes fueron sus compañeros de todos los niveles. Durante toda su vida hizo gala de aquellos dos valores propios de la ética del militar que, al decir de Ortega, son el honor y la fidelidad, dos normas a las que calificó como “sublimes”.

Con el soporte de su ejemplar trayectoria profesional y humana, ingresó con el apoyo unánime en esta Real Academia, y durante la docena de años en los que hemos tenido el privilegio de convivir con él, su asistencia y dedicación ha sido intensa, con más de 300 presencias a nuestras sesiones. De ahí que fuera pronto reclamado para formar parte de la Mesa Directiva desde enero de 2015 donde fui testigo de su actuación siempre rigurosa, positiva y convivencial. Ahí se ahondó el generoso trato que siempre me concedió, que alimentó una amistad de la que me enorgullezco y generó también confidencias biográficas que por su propia naturaleza han de permanecer entre los dos.

Muchas veces he repetido que los Ejércitos son la institución española que desde la democracia más ha cambiado y para mejor; es harto difícil mencionar otra con progreso equiparable. Y desde luego no es el momento de poner ejemplos —que los hay— de instituciones que hubiera sido estupendo que mejoraran a la misma velocidad, intensidad y acierto que lo ha hecho la Defensa de España. Merece destacarse porque no son muchas —y debemos enorgullecernos como españoles— porque no hace falta haber leído mucha sociología de las organizaciones para saber que no es nada fácil conseguir cambios sustantivos y rápidos en ninguna organización.

Hay que elogiarlo porque en Defensa sí se ha conseguido; un laborioso camino activado por muchas decisiones y entregas generosas y una filosofía basada en instrumentos insoslayables: la selección competitiva de los mejores, la permanente promoción basada en la acreditación de la excelencia en todo tipo de cursos y pruebas, y la constante formación y evaluación de sus unidades y personas. Un diseño organizado para producir calidad, desgraciadamente no universalizado en todo el sector público español.

En esta certera modernización se encuentra también la ponderada cabeza, la experiencia serena y el profundo conocimiento de Agustín Muñoz Grandes. Su brillante desempeño de puestos en el Gabinete del Vicepresidente del



Gobierno en materias de Defensa; o sus responsabilidades en el Estado Mayor, como Jefe del Tercio Duque de Alba de la Legión; o del Estado Mayor de la Brigada Acorazada; o como Teniente General Jefe de la Región Militar del Sur, le permitió impulsar y analizar numerosas reformas, mejoras e innovaciones promoviendo la intensa modernización de nuestras fuerzas armadas. Una trayectoria ejecutada ante todo por hacer bien las tareas en cada momento encomendadas, con esa acrisolada actitud de servicio que hizo gala siempre como “Soldado de España”. Una biografía y actividades reconocidas por innumerables condecoraciones de las que merecen recordarse las que recibió también desde fuera de España, en Brasil, Alemania, Italia o Luxemburgo por ejemplo.

Pero me gustaría destacar que en la trayectoria de Agustín Muñoz Grandes, lo relevante no es lo qué ha hecho —siendo mucho, importante y excelente—, sino cómo lo ha hecho. Se hacía admirar por su rectitud, pero al mismo tiempo se hacía querer. Ha mostrado en todo momento y destino su espíritu atento, sereno, analítico y justo, que le ha granjeado el respeto y cariño de quienes le han rodeado siempre. Ha vivido en plenitud materializando ese lema que le gustaba repetir y sobre todo hizo suyo durante toda su vida. Asumió sin rodeos en su propia vida la que consideraba la más bella definición de su profe-

sión, hecha por Calderón de la Barca, que dice: “La milicia no es más que una religión de hombres honrados”. Fue la estrella que marcó su propia senda vital.

Se trata de la síntesis de su vida, alimentada siempre por su ejemplar patriotismo evidenciado en sus múltiples responsabilidades, en sus numerosas conferencias y artículos publicados. Son muchos sus escritos dedicados a mostrar su preocupación por España, sus esfuerzos por el reforzamiento de las virtudes militares y la necesidad de activar la conciencia de defensa nacional. Se evidenció con claridad en los acontecimientos del 23 de Febrero, que le sorprendió en su domicilio. Como Ayudante de Campo de Su Majestad el Rey, se trasladó de inmediato a su despacho en la Zarzuela. Allí, bajo las órdenes del Rey, colaboró activamente con el Secretario General de la Casa, nuestro querido Compañero Sabino Fernández Campo, realizando gran número de llamadas telefónicas con militares de todas las graduaciones —muchos de ellos amigos por haber compartido destinos— de toda España para desactivar la situación.

El pasado 8 de abril de 2022 segó la vida de nuestro ejemplar compañero Agustín Muñoz Grandes Galilea. Fue en abril, cuando estalla la primavera, mes que presagia la luz, la vida, la vitalidad de la naturaleza. Una bien dolorosa pérdida que nos evoca aquel poema del Nobel

de Literatura T. S. Eliot de *La Tierra Baldía* de hace un siglo, 1922, un clásico de la literatura anglosajona, en su queja por el mundo destrozado tras la primera Guerra Mundial, en donde califica al mes de abril como “mes cruel”, en aquellos versos hoy repetibles con que se inicia el poema:

*Abril es el mes más cruel, criando  
lilas de la tierra muerta, mezclando  
memoria y deseo, removiendo  
turbias raíces con lluvia de primavera.*

Ese mismo abril quiso cancelar para siempre su generosa trayectoria vital de nuestro compañero y amigo. La lista de cargos de alta responsabilidad que ejerció, hacen patente su prestigio y la confianza que siempre le otorgaron sus superiores. Pero nunca fue una persona atada a honores, distinciones y reconocimientos. El lema real de su vida fue servir, entregarse de lleno al cumplimiento de las obligaciones inherentes de los altos puestos que desempeñó, pero siempre con ese objetivo de servicio y entrega a la comunidad. Lo explicitó al escribir en el vocablo “Defensa” de la “Enciclopedia de las Ciencias Morales y Políticas para el siglo XXI”, que mandar no es un privilegio, sino un honor y una carga; y que ese verbo, mandar, quedará siempre incompleto si no va unido al de servir. Era en

realidad la filosofía de su propia ejemplar existencia.

Por eso no presumía de su biografía sino de ser el primer *Soldado de España*. Lo expresó él mismo de manera inequívoca al escribir literalmente que: “su principal haber —[es]— su permanente aspiración a ser un buen Soldado de España, título que tengo en propiedad porque va ligado al juramento que presté ante nuestra Bandera hace ya 58 años, y que no tiene fecha de caducidad”.

Ha sido una persona de arraigadas convicciones religiosas —vivas sin pudor pero sin ostentación— y en más de una ocasión, nuestro querido Agustín, tuvo que entonar ese bello homenaje a los caídos titulado *La Muerte no es el final*. Su letra describe muy bien hoy nuestro pesar y el destino final de nuestro compañero, aquel modélico caballero cristiano:

Tú nos dijiste que la muerte  
no es el final del camino,  
que aunque morimos no somos,  
carne de un ciego destino.

(...)

Cuando la pena nos alcanza  
por un hermano perdido  
cuando el adiós dolorido  
busca en la Fe su esperanza.

En Tú palabra confiamos  
con la certeza que tú  
ya le has devuelto la vida,  
ya le has llevado a la luz.

Su fallecimiento nos quebró para siempre la primavera, por eso hoy le lloramos y evocamos con nostalgia su presencia, cuando ya le han devuelto a la vida; cuando ya le han llevado a la luz. Y aspiramos a seguir aprendiendo de su legado de elegancia, inteligencia y humanidad transmitida permanentemente con su ejemplar vida y trayectoria por aquel modélico Soldado de España que con su comportamiento tanto prestigió esa “religión de hombres honrados” que es la milicia, al que hoy en justicia homenajeamos.

Gracias para siempre inolvidable Agustín.

*In Memoriam*

D. AGUSTÍN MUÑOZ-GRANDES GALILEA

Excmo. Sr. D. JOSÉ MARÍA SERRANO SANZ



Señor presidente, señoras y señores académicos, familia del querido Agustín Muñoz-Grandes, señoras y señores:

Respeto, admiración, cariño. Si por imperativo gracianesco tuviera que resumir en tres palabras cuáles eran los sentimientos que me inspiraba nuestro querido compañero, el general Agustín Muñoz-Grandes Galilea, elegiría éstas. Respeto para el soldado. Admiración por la persona. Cariño hacia el amigo.

*El soldado.* Imposible imaginar a Agustín sin ver en él al auténtico soldado. En la parte más personal de su discurso de ingreso en nuestra Real Academia, se definió a sí mismo, con la sobriedad y modestia que le caracterizaba, como (cito) “un hombre de la Infantería española”, cuyo “principal haber (es) su permanente aspiración a ser un buen soldado de España”. Quienes le conocimos sabemos que fue una aspiración sobradamente conseguida. Y quizá no lo tuvo tan fácil como a posteriori pueda parecer, porque ser hijo de otro militar de tanto prestigio como el capitán general Muñoz-Grandes —y hasta compartir nombre con él— le debió obligar en sus primeros tiempos a demostrar doblemente su capacidad.



Como soldado, Agustín Muñoz-Grandes Galilea fue un paradigma de la transformación experimentada por nuestras Fuerzas Armadas a partir de la segunda mitad del siglo XX. Se incorporó al Ejército en 1951, en la X Promoción de la Academia General Militar de Zaragoza, donde, como reza el Himno de nuestra querida General, “su alma el temple recibió”. Aquél era un Ejército que aún tenía obligaciones coloniales y el teniente Muñoz-Grandes comienza su carrera en 1955 en Regulares de Tetuán y poco después combatirá en Ifni y en el Sáhara, en aquella guerra, según sus palabras, “prácticamente desconocida”. Todavía volverá al Sáhara en los difíciles primeros años setenta y más tarde, en Ceuta, ya en tiempo de paz, mandará el Tercio Duque de Alba, 2º de la Legión.

Pero todo había empezado a cambiar a partir de los sesenta. A la formación que recibe en España, en la Escuela de Estado Mayor, se unen cursos en Estados Unidos e Inglaterra, porque el Ejército que miraba al sur, comienza una relación cada vez más estrecha con los aliados occidentales y gira su mirada hacia el Atlántico y Europa. Más adelante, la incorporación a la OTAN y las misiones de paz transforman por completo el papel desempeñado por las Fuerzas Armadas españolas, lo que tiene reflejo en la carrera del ya General Muñoz-Grandes. Antes de ese momento vive una etapa como ayudante

de campo de SM el Rey, etapa de la que se sentía especialmente orgulloso, como mostró su apego a los cordones dorados, que nunca abandonó. Ya como general, entre otros destinos, participa en negociaciones internacionales, manda la Fuerza de Acción Rápida (FAR), un contingente de nueva creación y conceptualmente diferente, y en calidad de jefe de la misma organiza en 1992 la misión Unprofor en Bosnia-Herzegovina, la primera operación a gran escala protagonizada por el Ejército español en el extranjero.

Agustín Muñoz-Grandes Galilea fue un soldado de acción, como atestigua su brillante historial militar, no cabe duda. Pero su voluntad de servicio y su compromiso con las Fuerzas Armadas seguían intactos tras su pase a la Reserva, momento en que recibió de sus compañeros, como culminación a su carrera, el Premio “Gran Capitán” al Infante más distinguido. Por ese compromiso fue después, entre otras cosas, un activo presidente de la Hermandad de Veteranos de las Fuerzas Armadas y la Guardia Civil.

Por otra parte, siempre fue, además de hombre de acción, un militar de estudio y reflexión, preocupado por la relación entre milicia y sociedad o por la preservación de los valores castrenses y, tal vez, su entrada en nuestra Corporación y un poco del tiempo libre de la jubilación, le dieron ocasión de profundizar en esos temas, como

mostró en su discurso de ingreso y en sus posteriores intervenciones de los martes.

En la estela de su admirado Manuel Díez Alegría, interpretaba que la defensa no podía ser únicamente una cuestión del elemento militar, sino que concernía a toda la sociedad. Pero ésta no se implicaría si antes no tomaba conciencia de la necesidad de promover activamente la seguridad y la defensa, en vez de considerarlos objetivos irrelevantes o gratuitamente garantizados. Y como le preocupaba que en España tal conciencia fuese débil, consideraba un deber de todos cuantos tuvieran espíritu cívico activarla. Quienes compartíamos su diagnóstico y, por ende, su preocupación éramos activamente incitados a entrar en la liza, como hacía él mismo de manera incansable. Acaso ahora, recientes acontecimientos externos hayan comenzado a hacer que cambie el estado de la opinión, o eso dicen las encuestas. Ojalá perdure, porque, además de una excelente noticia, sería un homenaje póstumo a su persona.

La cuestión de los valores le interesaba especialmente en relación con las Fuerzas Armadas, pero sobre el tema se mostraba confiado: “Creo que los Valores se mantienen firmes en nuestros Ejércitos”, nos dijo en su intervención de 2018. Era algo que le proporcionaba seguridad y paz de espíritu. El tema era muy importante para él, porque “el centro de nuestras Fuerzas Armadas

es el Soldado”, decía, y su formación en Valores es decisiva. De ahí su interés por el sistema de enseñanza militar en sus visitas a la General, donde, por cierto, comprobé alguna vez el aire mítico que su figura tenía para los jóvenes cadetes actuales. Él resumía así esos Valores en 2018: en la cúspide, Deber, Patria y Honor (como reza el Himno de Infantería, señalaba), junto con la Libertad, y, además: Valor, Disciplina, Compañerismo, Liderazgo, Iniciativa, Ejemplaridad, Lealtad y Espíritu de Sacrificio y de Servicio. Un buen compendio de todo ello es el Decálogo del cadete, afirmaba.

Le preocupaba también el reconocimiento y respeto a los símbolos, en los que veía un enlace entre la conciencia de la sociedad sobre sí misma y los valores de quienes tienen la misión de defenderla. Por eso, la clave es que en la sociedad esté afianzado el concepto de Patria; en otro caso, escribió, “el valor de los símbolos queda vacío”. Y hay que considerar, sostenía, que “el espíritu que anima a la Institución Militar (cito) se refuerza a través de los símbolos transmitidos por la Historia. Los símbolos fortalecen la voluntad, exaltan el sentimiento e impulsan al sacrificio”. De ahí la importancia de que la sociedad los valore, respete y se identifique con ellos, como explicó en su intervención de 2015, al estudiar la Bandera, el Himno y el Escudo de España y establecer comparaciones con el tratamien-

to de sus símbolos que hacían los países de nuestro entorno.

Para finalizar esta parte de mi intervención, dedicada al soldado, permítanme recordar una frase de su discurso de ingreso en nuestra Corporación que, creo, retrata bien a nuestro personaje. Porque ilustra la modestia y el espíritu de servicio de alguien que, habiendo llegado a teniente general del Ejército conocía lo que es mandar: “Mandar es también, y sobre todo, servir”.

*La persona y el amigo.* Admiración por la persona y cariño hacia el amigo, les decía al comenzar. Era imposible conocerlo y no rendirse ante una persona que era, al mismo tiempo, entrañable y firme, que mostraba una serenidad tal que solo podía ser interpretada como fruto de una gran fuerza interior que no necesitaba exhibir. Agustín era hombre de una sola pieza, de modo que sus virtudes castrenses coincidían con las virtudes civiles de su persona; así la lealtad, el compromiso, la responsabilidad o la honestidad, por citar solo algunas, emanaban de él de forma natural. “Hombre que se comporta con distinción, nobleza y generosidad”, así define caballero la Real Academia Española y así era Agustín Muñoz-Grandes, un caballero.

Para concluir, déjenme referirme siquiera un momento al Agustín más cercano, al amigo. Porque a mí se me superponen dos imágenes de él. En la primera lo veo con talante estoico y el gesto

digno y severo, y es que lleva uniforme; en la segunda, en cambio, tiene ojillos sonrientes y hasta levemente traviosos, porque está en actitud relajada. En ese momento se revelaba otra faceta de su carácter tan genuina como la primera, aparecía el hombre tierno, bueno y bondadoso que también llevaba dentro. El amigo que despertaba invariablemente tu cariño. Recuerdo la primera vez que hablamos durante el confinamiento: entereza y humor era su lema. Me gusta pensar que mi nombre estará siempre unido al suyo en un trabajo publicado en los *Anales* de nuestra Real Academia.

Muchas gracias.



*In Memoriam*

D. AGUSTÍN MUÑOZ-GRANDES GALILEA

Excmo. Sr. D. JOSÉ LUIS GARCÍA DELGADO





Sr. Presidente,  
Sras. y Sres. Académicos,  
Familia,  
Sras. y Sres.:

Mi propósito es muy modesto: transmitirles la imagen que retengo de un hombre al que tuve la fortuna de tratar durante once años, desde que al final de 2010 se incorporó como académico de número a esta Corporación. Quiero decir que no abundaré en la glosa de su trayectoria biográfica; me limitaré a dar testimonio de la impronta que me ha dejado la personalidad del general Muñoz-Grandes, y hablo de *impronta* en la acepción de marca o huella que, en el orden moral, nos deja alguien.

\* \* \*

Comenzaré recordando la primera vez que conversamos a solas unos minutos. Fue el martes 14 de diciembre de 2010, aquí al lado antes de iniciarse la correspondiente sesión ordinaria en el Salón de Plenos. Tras un breve saludo, me permití comentarle que sus apellidos me resultaban gratamente familiares, pues siempre habían

sido objeto de respeto y elogio en la casa de mis mayores. Mi padre, en particular (nacido en un pequeño pueblo de la provincia de Guadalajara y que ponderaba siempre la riqueza artística e histórica de Sigüenza, cuna de nuestro homenajeado); mi padre, digo, con frecuencia se refería al que fuera primer jefe de la División Azul como un militar de probada integridad, tanto en la esfera pública como en el ámbito privado. Mis descalificaciones *urbi et orbi* del régimen político dictatorial, siendo yo estudiante universitario comprometido con los movimientos de protesta en los años 60, podrían ser más o menos compartidas, pero a condición de que se dejara a un lado al general Muñoz Grandes, cuya honradez y sentido del deber —me decía— eran incontestables.

No hace falta que les diga la satisfacción con que Agustín Muñoz-Grandes Galilea recibió este testimonio personal. Y cómo lo recuperé yo al leer las emocionadas líneas que él dirigió (31 de diciembre de 2015) a la entonces alcaldesa de Madrid con ocasión de cambios en el callejero, una muestra más en algunos casos de la nociva utilización que se está haciendo entre nosotros de la denominada “memoria histórica” o, más recientemente, “memoria democrática”: *nociva*, sí, pues lo que debía servir para unir y cohesionar —la memoria común de errores y aciertos pasados— se convierte, alentado por el resentimiento, en elemento divisivo, en factor de recobrado enfrentamiento.

Como fuere, a partir de aquel primer encuentro de hace más de una década, se multiplicaron las ocasiones de coincidir, dentro y fuera de la Academia. En esta, semanalmente y con más frecuencia durante algunos años al formar parte los dos de la Mesa directiva durante la presidencia de Juan Velarde; y fuera, en diversos actos, como en las conferencias que yo programaba en la Cátedra "la Caixa" Economía y Sociedad, asistiendo el general acompañado por su esposa, María Eugenia López de Lamadrid, modelo, como él, de distinción, y no solo física.

\* \* \*

¿Qué rasgos considero más destacables de Agustín Muñoz-Grandes Galilea? Bastantes, y muy sobresalientes, están asociados naturalmente a su condición de miliar, "militar de una pieza", como se le ha caracterizado no pocas veces. Es inevitable que en esta sesión no se aluda repetidamente a ellos. Disciplina y autodisciplina; disponibilidad para el servicio; lealtad y compañerismo; y esa capacidad de sacrificio que es la otra cara de la determinación que exige el valor. Los atributos de quien vocacionalmente "abrazó la carrera de las armas" —por decirlo con la expresión que a él le gustaba emplear—, desempeñándose en ella brillantemente.

Pero sin uniforme también las cualidades personales de Agustín Muñoz-Grandes Galilea eran bien perceptibles: franqueza; hombre de convicciones y, por eso mismo, abierto al diálogo y a las argumentaciones que ofrecen otros posicionamientos; hombre creíble, fiable; hombre austero; con esa figura y ese porte que evocaba de inmediato dignidad en los actos y en las palabras, esto es, decencia en su sentido más hondo.

“Puro el corazón y limpias las manos”: el hermoso elogio que pudo hacerse de quien fuera presidente de esta Real Academia en los años que saltaban del siglo XIX al XX, cuadra muy bien referido ahora al militar y al ciudadano que ha sido Agustín Muñoz-Grandes Galilea: “puro el corazón y limpias las manos”.

\* \* \*

Añadiré todavía algo más. No puedo yo tampoco dejar de evocar su condición de patriota, su amor a España. Un patriotismo en las antípodas del nacionalismo al uso: mientras aquel es amor a la propia patria y no excluyente, este se hace fuerte en la diferencia para acabar concitando el odio a la patria del vecino, a su Estado, a su lengua y a sus hombres y mujeres. “Si quieres hundir un país, desgárralo desde la malversación del nacionalismo”, se ha dicho muy recientemente con voz autorizada (E. Lledó). Un buen patriota: con qué

orgullo Agustín Muñoz-Grandes Galilea sentía como su mayor título el de “soldado de España”. Llanamente, sin afectación alguna: “soldado de España”, que hoy quiere decir también ciudadano solidario de nuestra democracia constitucional. La clase de patriotismo que ha de ser elemento vertebrador del país y de su Estado democrático.

\* \* \*

Termino. Lo hago con otro apunte muy personal. Agustín Muñoz-Grandes Galilea nunca fue *viejo*. Cuando lo conocí, había cumplido ya 75 años, y nuestro trato avanzó mientras se asentaba en el peldaño de los 80. Nunca vi en él a un anciano. Tal vez su elegancia corporal y espiritual le libró de esa afrenta que es la decrepitud. La avanzada edad no le impidió mantener prestancia y ademán envidiables. Otro motivo de admiración.

\* \* \*

Toda vida —se ha dicho con buena literatura— es tan solo una breve, casi instantánea luz entre dos largas oscuridades. Afortunadamente, el resplandor de alguna, incluso una vez apagada, nos sirve de orientación. Para mí lo es la de Agustín Muñoz-Grandes Galilea.

Muchas gracias.



*In Memoriam*

D. AGUSTÍN MUÑOZ-GRANDES GALILEA

Excmo. Sr. D. MARCELINO OREJA AGUIRRE





Sr. Presidente, miembros de la Academia, querida familia de Agustín Muñoz-Grandes, Sras. y Sres.:

El pasado día 8 de abril llamé a casa de Agustín Muñoz-Grandes para conocer su estado de salud. Uno de sus hijos me dijo que hacía unos instantes había fallecido.

Sentí una grandísima pena y recordé lo que había sido nuestra estrecha amistad de largos años.

Agustín había tenido una vida ejemplar de servicio a España, inspirada en una profunda fe y en los valores de la persona humana.

Y me vinieron a la memoria diversas circunstancias y situaciones que habíamos vivido juntos a lo largo de los años.

Recordé por ejemplo cómo, en mi etapa de Delegado del Gobierno en el País Vasco, él y Sabino Fernández Campo acompañaron al Rey el día en que se produjeron los incidentes de la Casa de Juntas de Guernica.

La noche anterior yo había recibido una llamada de teléfono de uno de mis digamos «contactos» abertzales para decirme que sabían de buena fuente que al día siguiente se produciría

algún incidente durante el acto que se iba a celebrar. Me informaron que los diputados de Herri Batasuna, que nunca participaban en actos institucionales, acudirían a la Casa de Juntas de Guernica, y que sin duda no sería con buenas intenciones.

Llamé a Sabino y Agustín para contárselo y me contestaron que debía informar personalmente al Rey. Así lo hice.

Al día siguiente, nada más comenzar el acto y tomar la palabra el Rey Juan Carlos, los junteros y parlamentarios de Herri Batasuna entonaron el *Eusko-Gudariak*, algo así como su himno de guerra.

La actitud del Rey fue sencillamente perfecta. Se mantuvo enhiesto, sereno, sin sonrisas ni crispaciones mientras al Lehendakari y el Presidente del Parlamento vasco se les veía inquietos y desconcertados, sin saber qué hacer y cómo reaccionar en tales circunstancias. Los minutos que transcurrieron parecieron eternos. Los gestos de los batasunos eran provocadores, con el puño en alto, y así pasaron los minutos hasta que por fin el Presidente mandó que abandonasen la sala. No fue tarea fácil por su resistencia, pero se logró al fin y fue entonces cuando el Rey, con toda naturalidad, tomó la palabra y comenzó diciendo: «A quienes practican la intolerancia, desprecian la convivencia y no respetan ni las normas más elementales de una ordenada liber-

tad de expresión», y terminó proclamando «mi fe en la democracia y mi confianza en el pueblo vasco».

Si damos un salto recuerdo como la noche del 23F, Agustín y el Secretario General de la Casa, Sabino Fernández Campo, redactaron el télex que el Rey envió a Milans del Bosch, con la orden de que retirara el estado de guerra de Valencia y depusiera su actitud.

Agustín Muñoz-Grandes tuvo una carrera militar brillante. En todos sus destinos fue reconocida su actuación sobresaliente. Se inclinó por los puestos operativos. Realizó los cursos de paracaidismo y piloto de helicópteros. Con los paracaidistas estuvo en Ifni y fue merecedor de una Cruz Roja al Mérito Militar. Años después participó con las unidades de helicópteros en el Sahara, donde también se le concedió otra Cruz Roja.

Fue siempre un soldado ejemplar, solicitando los puestos de mayor riesgo y fatiga.

Ascendido a Coronel mandó el Tercio Duque de Alba, Segundo de la Legión, y más tarde, como General de División, tuvo a su cargo el mando de la recién creada Fuerza de Acción Rápida. Posteriormente mandó la División Acorazada Brunete, y al ascender a Teniente General fue designado Capitán General de Sevilla, donde finalizó su carrera tras 47 años de intensa vida militar.

Años después ingresó en nuestra Academia.

Estructuró su discurso de ingreso en dos grandes bloques. En uno se refirió a la “necesidad de activar una adormecida Conciencia de Defensa Nacional”, y a continuación expuso la “necesidad de reafirmar las virtudes militares”.

Para él entre estas debían sobresalir el amor a España y el respeto a la dignidad del ser humano, y citó uno de los artículos de las Ordenanzas de las Fuerzas Armadas, en el que se dice que “El militar que ejerza mando se hará querer y respetar de sus subordinados; no les disimulará jamás las faltas de subordinación; les infundirá amor al servicio y la exactitud en el desempeño de sus obligaciones; será firme en el mando, graciable en lo que pueda y comedido en su actitud y palabras, aun cuando sancione”.

En ese mismo discurso Agustín se refirió a las causas que motivan el alejamiento de nuestra sociedad de los temas de defensa y seguridad, y recordó cómo la integración de la estrategia en la política exterior debía contribuir a conseguir una acertada evaluación de los riesgos, que pueden afectar a los más altos intereses del Estado, como son los encarnados en la seguridad nacional.

Debo recordar también, su preocupación por la crisis de valores que existe actualmente en nuestra sociedad, que a su juicio han sido causantes en buena medida de la crisis financiera, económica, laboral, y muchas otras, que, dejan-

do aparte otras consideraciones, parecen alejar los valores de la actual sociedad de lo que son las virtudes y valores militares.

En una de sus disertaciones en esta Academia, puso de manifiesto la necesidad de que tengamos templanza y valentía para poner en ejecución y hacer eficaces las normas aprobadas y que tengamos la dosis necesaria de generosidad para defender no solo nuestros intereses sino, en la medida de nuestras capacidades, la defensa de pueblos desvalidos. Y recordó tres pensamientos: uno de Kennedy que se refiere a la supervivencia y al triunfo de la libertad, por las que hemos de pagar cualquier precio...; la de Martín Lutero King, en la que menciona como la injusticia, allá donde se halle, es una amenaza para nuestra justicia, para la justicia en su conjunto... y finalmente evocó al padre del liberalismo conservador británico, Edmund Burke, para quien “lo único que se necesita para que triunfe el mal, es que los hombres de bien no hagan nada”.

Los comentarios de Muñoz-Grandes fueron también alegatos serios contra la tentación aislacionista y el falso voluntarismo pacifista que, ante los graves conflictos que causan tragedias que no podemos ignorar, pretenden que sean otras naciones, a las que luego criticarán, las que afronten los problemas, permaneciendo nosotros en un cómodo segundo plano.

Hizo mención igualmente a como nuestra estrategia debe de ser acorde con la defensa estratégica de la OTAN, a la que invita a unirse a la Unión Europea, pidiéndole un esfuerzo muy superior en su Gasto de Defensa, para poder compartir responsabilidades y conseguir el equilibrio coste/eficacia priorizando las capacidades que puedan conseguir.

En este mismo texto se refiere a la necesidad de combinar innovación con tradición, y pone de manifiesto la desazón que causa que el conjunto de la sociedad acepte los recortes en Defensa, “sin que se eleven voces en su contra”.

En sus reflexiones finales, menciona la necesidad de que se tenga valor para acometer la remodelación del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas para convertirlo en un instrumento eficaz que posibilite la prevención o resolución de conflictos en su fase inicial, y que se revise una Política que no imponga el establecimiento de imposibles sistemas en países de regímenes tribales.

Y se pregunta: ¿Qué necesita nuestra sociedad occidental para respaldar la puesta en práctica de la “Responsabilidad de Proteger” que con seguridad exige valor, sacrificios y solidaridad? Su respuesta es clara: la educación en los valores de la Declaración Universal de Derechos Humanos, siempre presentes en el Humanismo Cristiano.

Para terminar, quiero recordar unas bellas palabras de Alfonso Ussía a los pocos días del fallecimiento de Agustín: *Que los caminos se allanen a tus pies. Que el viento sople siempre a tu espalda. Que el sol brille templado en tu viaje sobre tu rostro. Que tu amor a España, tu honestidad y decencia te guíen hasta la luz. Que la Virgen del Pilar, al verte, te sonría. Y que Dios te sostenga siempre y para siempre con su mano protectora*

Concluyo con un entrañable recuerdo a Juan, que estuvo siempre a su lado, y a sus hijos, que tienen un ejemplo en la personalidad de su padre.

Por mi parte puedo decirles que siempre mantendré vivo su recuerdo y conservaré viva su memoria.

El recuerdo y la memoria de este gran español y devoto cristiano, que bien pudo evocar al final de sus días las bellas palabras de la epístola 2ª de San Pablo:

“He combatido el buen combate, he acabado la carrera, he conservado la fe en el corazón”.





*In Memoriam*

D. AGUSTÍN MUÑOZ-GRANDES GALILEA

Excmo. Sr. D. PEDRO CEREZO GALÁN



## Un “humanista de las armas” en la Academia

Conocí a don Agustín Muñoz-Grandes Galilea en la solemne ceremonia de su recepción en esta Academia, el 30 de noviembre de 2010. En aquel día, su esbelta figura sobre el estrado, con un leve ademán de gallardía, quebrado por el tono a veces trémulo de sus palabras, le daba la apariencia de un don Quijote vestido de gala, no ya para hablar ante los duques, sino ante el mismo Areópago de Atenas, si fuera preciso, y darle una lección sobre el *éthos* militar. Su discurso tenía algo de elegante queja por la mengua en España de una conciencia social acerca del alto servicio que le prestan sus Fuerzas Armadas, y a la vez, de exaltación de los valores éticos de la milicia. Estos han sido básicamente los dos radicales de sus intervenciones en la Academia: la demanda incesante de un compromiso resuelto y constante del pueblo español y de sus gobiernos por la financiación de la defensa nacional y la reivindicación de los valores morales de la milicia, como otra escuela complementaria de ciudadanía. Mi grata impresión de aquel día se ha mantenido constante y, además, creciente gracias al trato asídúo con un compañero

que me ha inspirado siempre un doble sentimiento: de un lado, gran respeto a su profesión, tan distante de la mía, respeto, sobre todo, de su persona, tan gallarda y noble, y ternura por el hombre que veía envejecer a mi lado con algún signo de fragilidad.

En los meses consecutivos a su ingreso en la Institución, nos reencontrábamos a menudo después de las sesiones académicas en la estación de Sol, a pie de andén, para tomar el metro a la Moncloa, de cuyo intercambiador partían los autobuses a nuestros destinos respectivos, él en Aravaca y yo a Pozuelo. Todavía en el tren resonaban en nuestra conversación algunos ecos de la conferencia a la que acabábamos de asistir, algún comentario cultural o político de ocasión o el barrunto de alguna confidencia que con el tiempo llegó a ser habitual. Y un buen día, al acabar la sesión, me dijo: “hoy tenemos coche para volver a casa”. Aquel plural cariñoso era la mejor invitación. Desde entonces, semana tras semana, mes tras mes, durante años, hemos compartido su coche para el viaje de vuelta a casa, y cuando finalmente él dejó de conducir, tomó espontáneamente el relevo don Juan Diez Nicolás, que amablemente nos ha seguido llevando a ambos, algo más viejos que él. ¡Cuánto se puede intimar en un coche compartido asiduamente, por breve que sea el trayecto!. El coche rueda, aislado en su cápsula con su carga íntima, en medio del denso

tráfico nocturno, corriendo todos sus ocupantes la misma suerte, y esta especie de aventura urbana desata la confidencialidad entre los que viajan ensimismados en la conversación. En uno de aquellos viajes nocturnos de vuelta a casa, se nos ocurrió un buen día la idea de dejar constancia de nuestra amistad ante la Academia, honrando la memoria del amigo, cuando alguno de nosotros faltase. Me ha tocado a mí, de modo que es el afecto venerativo que le tengo, agravado por esta promesa, lo que me motiva a honrarle en este acto. Permitidme que en su memoria recuerde algunos retazos de nuestras conversaciones

Cuando viajábamos lo dos solos, hablábamos, como puede suponerse, de todo lo divino y humano; con frecuencia de la vida de nuestra Institución, sus efemérides y avatares, o de nuestros pequeños afanes de cada día. Él se mostraba muy interesado por conocer las ocupaciones habituales de un profesor jubilado, dedicado a meditar y escribir, y yo por conocer algunos de sus hechos de armas como su participación en la guerra Ifni-Sahara, donde encontró “su bautismo de sangre y fuego la recién creada Bandera de Paracaidistas”, que tuvo el honor de mandar. Luego, bajo la presidencia académica de don Juan Velarde, ambos tuvimos la oportunidad de compartir responsabilidades en la Mesa de gobierno de esta Academia durante un trienio, y esta tarea fraguó definitivamente nuestra amistad. ¡Extraña

y sorprendente amistad de un militar y un filósofo, dos empresas con un ideal totalizador, pues en ambos se pone la vida íntegramente en juego en un único quehacer, que es noble y hermoso!. La filosofía, como la milicia o la medicina, son profesiones que exigen vocación y dedicación plena, embargando toda la vida. Es inevitable contar en ellas con héroes de referencia. “*Elegir idea heroica* —dice Gracián en su *Oráculo manual*— más para la emulación que para la imitación” (nº 75). Hay que saber elegir los héroes y aprender a convivir con lo grande, como estímulo para la propia exigencia, pues —prosigue Gracián— “no hay buen trato con la ruindad, porque no se halla obligada a la entereza; por eso entre ruines nunca hay verdadera amistad”(OM, nº 116). La nuestra ha sido siempre noble, franca y estimulante. Yo le contaba cómo Sócrates, que tenía por misión de su vida despertar conciencias y servir con su pensamiento a las leyes de su ciudad, tuvo una especie de éxtasis meditativo en plena batalla de Potidea, y él me indicaba el otro éxtasis de entusiasmo que requieren las grandes hazañas militares y la gran responsabilidad por aquellos que tienes a tu cuidado y en riesgo de perder la vida. Sócrates —añadía yo— fue fiel a las leyes de su ciudad, incluso cuando lo condenaban injustamente, pues sin respeto a la ley común no hay posible convivencia, y él me replicaba con el respeto a las leyes públicas a que se debe el

militar, aunque discrepe de algunas ellas en su fuero interno. Él, como caballero legionario que había sido, entendía “la mística de la muerte” como “rendir culto al honor y al valor, venciendo generosamente al instinto”, y yo, por mi parte, le insistía en “la ascética de la muerte”, con que Platón entendía la filosofía como aprendizaje a bien morir, interiorizando la muerte, —la negatividad interior— para alumbramiento de la verdadera vida.

Era constante el intercambio de ideas y proyectos en estos cortos viajes hacia la Moncloa. Los dos compartíamos una gran admiración por Cervantes, el soldado-escritor, como lo llamaba él, de modo que con frecuencia hablábamos sobre este héroe de devoción común. Después de presentar en la Academia su ponencia sobre *Numancia*, volvimos sobre el tema de “la mística de la muerte” simbolizada en la autoinmolación del pueblo numantino, prefiriendo la muerte a la rendición, pues el honor está por encima de la vida. Numancia nunca fue vencida, pues no quedó ningún rehén para testimoniarlo en Roma. En *El cerco de Numancia* destaca Cervantes la queja del general romano:

“Con uno solo que quedase vivo  
no se me negaría el triunfo en Roma  
de haber domado esta nación soberbia  
enemiga mortal de nuestro nombre,



constante en su opinión, presta, arrojada  
al peligro mayor y duro trance,  
de quien jamás se alabará romano  
que vió la espalda vuelta al numantino”  
(2244-2251).

Es un epitafio para la historia. El carácter heroico de los celtíberos quedó consagrado en aquella gesta, de la que los historiadores coinciden —dice nuestro compañero—, “en resaltar su nobleza, estoicismo y espíritu de sacrificio, y su disposición a morir en el combate en defensa de sus ideales” (*Anales*, nº 94, 219).

En otra ocasión, cuando yo escribía mi libro *El Quijote y la aventura de la libertad*, en torno al IV Centenario de la aparición de esta obra cervantina, él se mostró muy interesado en conocer el pormenor de su contenido y composición, y con frecuencia retomábamos el tema. Le llamaba poderosamente la atención el discurso de don Quijote sobre las letras y la armas, que con el tiempo se ha convertido en índice de nuestra amistad. ¿Por qué Cervantes ponderaba el ejercicio de las armas sobre el cultivo de las letras?. Sobre esto volvíamos una y otra vez. Yo le explicaba que el elogio de la caballería andante lo hace don Quijote frente al letrado cortesano como figura emergente en la Corte del Renacimiento y se fundaba Cervantes para ello en la ética heroica de la magnanimidad. Según Aristó-

teles”, en su *Política*, “las acciones se distinguen por su causa y su finalidad”(1433a10-11). Don Quijote basaba su argumentación en tres axiomas o principios: un arte merece más estimativa, 1º) según la actitud existencial, cuando su sujeto está expuesto a más peligros, esto es, si la actitud requerida para ejercerlo comporta mayor riesgo y sacrificio; 2º) en cuanto a su intencionalidad, cuando “tiene por objeto el fin más noble” o de mayor rango de valor. Ciertamente los letrados legislan y sin leyes no es posible la existencia de las repúblicas, pero el cumplimiento efectivo de la justicia lo lleva a cabo la caballería andante y 3º) según la disposición moral exigida, pues “es razón averiguada —dice don Quijote— que aquello que más cuesta, se estima y debe estimarse en más” (1Q, xxxvii, 4439. El discurso no es ningún litigio entre las armas y las letras, puesto que nadie toma la palabra en defensa de los letrados; y de hecho, Cervantes, que era tanto soldado como escritor, desemboca en una circularidad intranscendible: puesto que las leyes fundan las repúblicas y las armas las defienden, debe darse una dependencia funcional mutua. Tanto monta, monta tanto. No obstante, hay una diferencia significativa: las leyes procuran el buen funcionamiento de la república, pero solo las armas garantizan la paz. Esta idea de raíz aristotélica es decisiva: “la guerra existe en vista de la paz, el trabajo en vista del ocio y las acciones

necesarias y útiles en vista de las honrosas” (*Política*, 1434a35-36). Me importa señalar que todo el planteamiento cervantino se inscribe en lo que llama José Antonio Maravall, el “humanismo de las armas”, de tan ilustre raigambre en la cultura tradicional hispánica, en el que se funde el aristotelismo con el estoicismo y el cristianismo. Su idea matriz es que el ejercicio de las armas tiene un sentido moral, capaz de transformar interiormente al que las ejerce.

“Un valiente comportamiento con las armas — precisa Maravall— no es, por si solo, heroico. Lo heroico es una condición interna y total de la persona; el concepto ha trascendido de la esfera de las actividades bélicas y se aplica a todo trabajo o esfuerzo de elevada tensión ética. Por eso el héroe es el hombre reformado por dentro en su más alta expresión” (*Utopía y contra-utopía en el Quijote*, Madrid, CEPC, 2005, p. 153).

A esta ilustre tradición, pertenece nuestro querido compañero don Agustín Muñoz Grandes Galilea, cuya memoria honramos esta tarde. Él solía distinguir históricamente entre varios tipos de *homo militaris*: el guerrero, entendido en el sentido del valor épico clásico, el caballero, que surge con las Órdenes militares españolas de la Edad Media, el héroe que predomina en el Renacimiento, el soldado de los ejércitos populares y el moderno militar de carrera. Todos ellos

han dejado su huellas en el *éthos* militar, de modo que “el prototipo ideal del soldado de hoy, a mi juicio, —decía— debe ser un compendio equilibrado de todos los modelos citados” (*Discurso*, p. 35) Pero, en esta mezcla predominaba en su fuero íntimo, como me confesaba un día, la figura del caballero/guerrero. Y así fue, en efecto, para él, pues aunaba la virtud moral y el valor, el ideal épico del alma grande y el ético/religioso del servicio abnegado a la comunidad. Por eso cuando hablaba del valor militar, —“la cualidad del ánimo que mueve a acometer resueltamente grandes empresa y arrostrar el peligro” (*Discurso*, *cit.*, 48)—, subrayaba siempre la dimensión implícita de la virtud y no lo separaba nunca de virtudes morales como la lealtad, tanto para la obediencia en disciplina como para decir la verdad llegado el caso. Y de nuevo acudía a sus labios, la referencia inevitable a Cervantes:

“Don Quijote viene en nuestra ayuda —escribe—: “*de los vasallos leales es decir la verdad a sus señores en su ser y en su propia figura, sin que la adulación la acreciente u otro vano respeto la disminuya*” (*Discurso*, 49).

También para él la guerra debe ser concebida en vista de la paz, y el arte de la guerra servir de medio de tránsito al arte de la paz, edificado, según la enseñanza pontificia a la que él se aco-

gía, sobre cuatro pilares, justicia, verdad, libertad y solidaridad, y citaba en este sentido una Constitución Pastoral del Concilio Vaticano II: “*Los que en servicio de la Patria se hallan en el Ejército, considérense instrumentos de la seguridad y libertad de los pueblos, pues desempeñando bien esta función, realmente contribuyen a estabilizar la paz*” (Anales, nº 91, p. 622) Y en el mismo número de nuestros Anales, exponía su propio pensamiento:

“Solo hace falta que tengamos la *templanza* y *valentía* para poner en ejecución y hacer eficaces las normas aprobadas, que tengamos la dosis de generosidad para defender no solo nuestros intereses, sino también, en la medida de nuestras capacidades, la defensa de pueblos desvalidos, junto con nuestros aliados, y así podríamos inscribirnos en el libro en blanco del *Arte de la Paz*” (Anales, *cit.*, 620).

Nuestro compañero ha sido exponente vivo y ejemplar de la transformación de las Fuerzas Armadas, redefinidas por la Constitución democrática de 1978. Con frecuencia se refería en sus intervenciones en la Academia al artículo 8.1. de la Constitución como su oriente: “Las Fuerzas Armadas tienen como misión garantizar la soberanía e independencia de España, defender su integridad territorial y el ordenamiento constitucional”. Nuestras fuerzas —escribía con énfasis— “deben empaparse de sus misiones consti-

tucionales” y añadía, “creo que desde el inicio de la transición, en cuyo comienzo supusieron un importante factor de estabilidad, han dado suficientes pruebas de su subordinación a S.M. el Rey y al Poder político”, incluso en el triste hecho del 23-F, al que no le quiero restar un ápice de su importancia” (*Discurso*, p. 25). Con verdadera convicción hacía suya una intervención del general Diez Alegría en nuestra Academia en 1971: “una guerra es legítima y justa cuando se declara por causa justa, ante la injusticia extremadamente grave y evidente, y es de recta intención y respetuosa con los derechos humanos (*Anales, cit.*, 621). El otro factor de modernización de nuestro Ejército ha sido, como subrayaba él, “la plena integración en organizaciones y alianzas multinacionales (ONU, OSCE, UE, OTAN)” (*Disc.*, 38). En varias ocasiones se ha referido él, en nuestra Academia, a algunas de estas misiones internacionales, en Afganistan, Irak, Bosnia-Herzegovina, entre otras, que han prestigiado al ejército español y difundido por el mundo el buen nombre de España. Él sentía noble orgullo por estas Fuerzas Armadas constitucionales, modernas, prestigiosas y reconocidas en sus misiones internacionales al servicio de los derechos humanos y de la paz; y sólo le dolía que la conciencia socio-política española no atendiera adecuadamente a su financiación y modernización.

Este ha sido el hombre, distinguido caballero militar y humanista de las armas, que hemos tenido el honor de tener en nuestra Academia. Por su nobleza y discreción se hacía respetar por todo el mundo que lo trataba, y su sencillez lo hacía ser estimado y amado sin excepción. Hasta la muerte, al llamar a su puerta, lo habrá llamado “buen caballero”, como saludaba al condestable don Rodrigo, maestre de Santiago, en las *Coplas* a su muerte, que le dedicara su hijo Jorge Manrique:

“Buen caballero,  
vuestro corazón de acero  
muestre su esfuerzo famoso  
en este trago.  
Y pues de vida y salud  
hiciste tan poca cuenta  
por la fama,  
esfuércese la virtud  
para sufrir esta afrenta  
que os llama”.

Y él habrá mostrado ante la muerte la misma serena aceptación que el maestre Manrique ante la suya. A mí me inspiraba, como digo, respeto y ternura a un tiempo, fundidos en amor de amistad. Yo lo recuerdo hoy en nuestro último paseo nocturno, al salir de la Academia tras la sesión habitual del martes, a tomar el coche de vuelta a

casa, cogido de mi brazo, como si yo fuera su lazarillo. ¡Cuánto honor y amistad caben en este gesto!. Ya no lo volví a ver. Pero, como soñaba Sócrates, habrá un cielo donde seguir conversando con los amigos, y allí se encontrarán de nuevo, —espero humildemente— el filósofo y el militar, en una plática interminable.





*In Memoriam*

D. AGUSTÍN MUÑOZ-GRANDES GALILEA

Excmo. Sr. D. JUAN VELARDE FUERTES



Es necesario señalar nuestro dolor ante la desaparición de la figura verdaderamente extraordinaria de nuestro compañero en las tareas académicas, pero también español ejemplar por su importante papel en asuntos clave de nuestra vida nacional. Ingresó a los 16 años, después de cursar el Bachillerato en el Colegio del Pilar madrileño, en la Academia General Militar y, después de pasar por la Academia de Toledo, recibió en Zaragoza el título de Teniente con el número 1 de su promoción. Y a partir de ahí, pasa a ser una persona clave para resolver problemas básicos de nuestra realidad actual. Inicia esto desde el momento en que, como Oficial de Regulares de Tetuán, tiene que participar en el cambio político que, desde 1958, afectó a nuestra presencia en Marruecos, al reconocer España su independencia. Entonces, Muñoz Grandes logró ser destinado a Ifni, precisamente cuando surge allí un conflicto promovido por Marruecos. Pero al ampliarse este problema en el Sahara, pasa a La Legión. Simultáneamente, había participado en la Agrupación de Banderas Paracaidistas, coincidiendo con una colaboración técnica creciente, durante un año, con las fuerzas armadas norteamericanas. Esto fue dentro de nuevos

planteamientos derivados del conflicto de Vietnam, especialmente sobre el papel de los helicópteros y de muchos materiales adecuados para el combate en el Sahara. Actividades éstas que además, desde un punto de vista llamémoslo doctrinal, se unieron muy cordialmente con temas y obligaciones derivados de su relación con el General Gutiérrez Mellado, una personalidad que sería clave en la etapa de la Transición. Y después de otra serie de puestos importantes, el que le proporcionaría más orgullo y, también, extraordinaria satisfacción, fue de ser Jefe del Tercio Duque de Alba, 2º de La Legión. Los que somos miembros de ella —yo lo soy, gracias a él— entendemos a la perfección ese arraigo que poseía de espíritu legionario.

Y ascendido a General, y España integrada en la OTAN como consecuencia de las situaciones políticas y militares nacidas a partir de la etapa postrera de la Guerra Fría, se le hace pasar a la Unidad de Vigilancia Española (AVE), para controlar el cumplimiento del desarme en la Europa Oriental. Ello obligó a que, al crearse la llamada Fuerza de Acción Rápida, dirigiese su actuación con La Legión, con paracaidistas y con otras unidades españolas en los Balcanes, concretamente en Bosnia-Herzegovina, y ni un solo escándalo se pudo atribuir a estas fuerzas españolas, al contrario que a otros aliados, aunque los soldados españoles entregaron un importante tributo de sangre.

Y tras tener la jefatura de la División Acorazada “Brunete” nº 1 y su ascenso a Teniente-General, pasó a ser el jefe de la Región Militar Sur, con residencia en Sevilla y que abarcaba también a Ceuta y Melilla.

Pero no se puede olvidar que, desde la etapa en que presidió la Cátedra General Castaños entre 1995-1998, organizó algo que nunca abandonó, con enlaces en el alto mundo intelectual español. Una demostración la tenemos en sus ensayos de homenaje a Julián Marías, en su colaboración creciente con diversas Universidades españolas y extranjeras y, naturalmente, al ingresar como académico de número en nuestra Real Academia, donde destacaron sus valiosísimas aportaciones, como la titulada *Sociedad y Milicia. Dos retos en el siglo XXI*; pero no es posible olvidar la titulada *Activación de la conciencia de Defensa Nacional*, o tampoco la desarrollada sobre la *Reactivación de las Virtudes Militares*. Personalmente, siempre me llamaron la atención, dentro de sus excelentes intervenciones académicas, las tituladas *El valor de los símbolos en las Fuerzas Armadas* y *La ética militar. La formación de valores en un convulso escenario “geopolítico”*.

El lema que siempre le persiguió, considero fue uno que encontré al leer el libro *Tempestades de acero* de Jungheer, donde se señalaba que “si uno está decidido, nunca le faltarán fuerzas

para llevar a cabo lo que se propone”. Estuvo decidido ser un académico ejemplar en nuestra Real Academia. Lo logró y lo comprueba este dolor colectivo que hoy expresamos.